

## **La Sirena de la Coloma**

**Cuentan los viejos de La Coloma que en los años de vela y botavara, por la boca del rio y entrando en los manglares que dividían el caserío de Las Canas del pueblo mío, habitaba una sirena de largo cuello y piel de verdes escamas que relampagueaban a la luz tenue de la luna; ella cantaba lamentos gitanos y se revolvía en la espuma rojiza del canal como en danza flamenca. Yo no lo creía y Tanito mi amigo tampoco. Si hablábamos de algo parecido siempre me gritaba: “que venga y me cante una tonada y me baile un danzón”.**

**Como leyenda era hermosa; pero como realidad, inverosímil me parecía. Era como creerse los mil y un cuentos de noches de mar, escuchados con la música de fondo de las olas del levante, acariciando el desvencijado casco de mi barquito en la pleamar.**

**Una tarde de sol y espuma mi amigo se fue de pesca. Ataviado con su short de franjas que alguna vez fueron de**

color naranja, se echó al hombro el caucho inflable de una rueda de tractor, un par de tenis con unas aletas criollas para impulsarse y la cajita plástica con los anzuelos y las boyas que le mandó un amigo de “afuera”. Tanito ya frisaba los setenta y aun persistía en creer aquella historia que escribió un gringo sobre el pescador que agarró un pez más grande que su bote.

Nadie creía ese cuento, que va, si pa’mentirosos los pescadores. Traen el peje chico, pero se les escapa el grande y siempre casi en la cubierta. Por eso no le creo al escritor tampoco. Aunque dice Alzara, la maestra de la escuela Pública, que si existió, no sé si el pez, el pescador, o el americano. Lo que sí sé es que mi amigo nunca regresaba con más de un par de rabirrubias, flacas y pequeñas. Siempre regalaba su pesca sobre todo a Toñita, la viuda del Paco y sus dos hijos. Aducía tener mucho pescado en su nevera. Dato curioso: la nevera se había roto a raíz de las inundaciones del ciclón Alberta.

Esa tarde Tanito sabía que pescaría algo grande y mucho, me lo dijo con sorna:”Prepárate viejo que hoy comes cherna”. Yo,

acostumbrado a sus desmanes con la suerte, asentí sin mucha ilusión por un sopón de cabeza de pescado. Pasada la hora del crepúsculo me arrinconé en la esquinita mas alumbrada del portal y libro en mano me dispuse a leer. Aquel libro era el pago que recibiera por una reparación hecha en la biblioteca de la calle del Matadero y que, según Matilde la directora: “era una bobería lo que haría”. Aunque por muy directora que fuese no sabía apretar un tornillo, ni cambiar un cáncamo, pero en eso de pagos daba la impresión de tener mucha erudición. La mire recordando la niñita que correteaba en pantaloncitos cortos por el patio del solar de los Pachecos, allá por el despertar de los años sesenta, y entendí que llegada la hora de pagara tendría que “hilar fino”, porque podría terminar pagando yo y así fue.

Después de recordarme los muchos años que teníamos de amigos, la mujer, ahora regordeta y de pelo rojizo, me extendió un libro cuyo valor sentimental o literario, me aseguró, era altísimo. Me quede mirándolo...Y con los seis dientes

**incólumes de mi dentadura intente darle un mordisco, pero nada, ni corrió el jugo de las proteínas, ni sentí el sabor agridulce del cerdo sazonado, ni me corrió manga abajo la grasa derretida. Entonces, la miré y con los ojos más que con la voz, le pregunté que rayos era ese pago. Filosóficamente me dijo que la institución (seguro se refería a la puerta recién arreglada) me estaba muy agradecida, pero que dinero no tenía y que se desprendía de una de sus más queridas obras, para recompensar mi esfuerzo y destreza. La aplaudí, con esos aplausos”tap...tap...tap”, espaciados por el ritmo del sarcasmo. Por eso al sentarme a la luz de la bombilla del portal, abrir el envoltorio y leer las letras doradas en el lomo del libro donde decía “El Viejo y el Mar” y el nombre del americano, pensé en Tanito y en que hoy si vendría con pescado grande.**

**A las cinco y pico de la mañana me despertó el sol y el dulce aroma del café recién colado. Mi hijo me trajo la jícara humeante y me regañó por no dormir en mi cama, por coger el**

sereno de la noche, por leer con tan poca luz. Yo asentía, mientras pensaba en el por qué Tanito no había regresado. Guardé el libro en el estante arriba de la cocina; debía leer más, saber más de la historia que aun navegaba mar afuera a bordo del botecito del pescador, enredada entre anzuelos y artes.

Me fui, con mi más ligero paso, hasta el muro de contención que hace muchos años erigió una hermosa ingeniera de pelo corto y caderas anchas con el fascinante nombre de Isabel Cristina. En mis recuerdos su cara se diluía ya, como esas manchas de aceite en la mar que se esparcen, se derriten entre ola y ola, pero su nombre quedó para siempre, además del muro que aun pasados los años, sigue ahí, testarudo y fuerte, aguantando los avatares del tiempo. Pregunté a los transeúntes mañaneros por si habían visto a mi amigo. Nadie sabía de él. Ni los pescadores de tierra, ni los pescadores de anzuelos de monedas, nadie había visto la conocida figura, encorvada por los años y el trajín. Al filo del mediodía Pastrana el policía, me

**dijo que una patrulla de la marina había salido a buscarlo. No podía hacer más nada que rezar para que el ave negra de la desgracia volase en otro rumbo.**

**Pasaron dos días. Ya nadie esperaba por él, solo yo, que como una tarea escolar, leía el libro del viejo de blancas barbas e historias de mar y por las tardes, cuando el sol se ocultaba detrás de los manglares y pantanos de la playa cercana, oteaba el horizonte, como cuando un vigía va a entregar su turno. La tarde del decimo día vi una manchita, allá, bien lejos, tan lejos que pensé en el insomnio gris de mis cataratas y no en la posibilidad de que fuese mi amigo remando en medio de la nada.**

**Llamé al marinero de guardia en un langostero que recién había atracado al muelle. Si, era alguien remando a la desesperada, tratando de tragar esas ultimas millas hasta el pueblito.**

**El marinero dio la voz y partió raudo un esquife de motor enganchado en popa y media hora después regresaba,**

**arrastrando tras de sí a un hombre desfallecido sobre la precaria balsa conocida. Aupaba entre sus brazos el torso suave de una mujer, de pelo corto y anchas caderas, con sus piernas fuera del círculo de caucho.**

**Tanito me miró, vi sus lágrimas de viejo pesado e incrédulo, vi sus manos llenitas de ampollas y sal. Vi el cuerpo, cubierto de escamas verde esmeralda de la mujer que reposaba sobre su pecho, Era la sirena que con su canto llamaba al puerto, al abrigo hogareño, a los hombres del pueblo. Y solo entonces comprendí el porqué del americano al escribir sobre la tozudez con palabras tan sencillas que las convirtió en verso, Entendí que una idea fija es como una flor de otoño y que solo un viejo obstinado y ladino puede convertir la leyenda en pura realidad.**